

Un libro conmovedor

Cartas a Antonia. Las conmovedoras reflexiones y enseñanzas de un abuelo a su nieta

ALFREDO MOLANO BRAVO
Aguilar, Bogotá, 2020, 312 pp.

EL SOCIOLOGO y escritor Alfredo Molano Bravo falleció el último día de octubre de 2019, luego de soportar un penoso cáncer. Antes de que se cumpliera el primer año de su desaparición física, y en plena pandemia y cuarentena, se publicó un libro que había estado preparando durante varios años, pero que la enfermedad le impidió alcanzar a editarlo. Este libro es excepcional, hablando de la producción bibliográfica en conjunto y de la escritura del propio Molano. En general, hoy poco se escriben y publican libros de padres o abuelos a sus hijos y nietos, imbuidos como estamos por la dictadura de las redes (anti)sociales y de la palabra efímera y circunstancial propia del “pensamiento Twitter” —cuya máxima extensión es de 280 caracteres—, que desaparece al instante. Y en particular, dentro de la amplia gama de escritos de Alfredo Molano, que sepamos nunca había publicado algo tan íntimo y personal. En efecto, Molano escribió primero sobre sociología de la educación, un tema que después cuando ya era conocido nunca volvió a nombrar y quiso que se olvidara, y sobre asuntos políticos-sociológicos de crítica marxista (tal vez lo más difundido fue su ponencia en el Congreso de Cartagena de 1977, cuando nació la investigación-acción participativa, que llevaba el título de “Las bases teóricas de la investigación-acción, epistemología de la investigación”).

Luego de 1980, al publicar *Los bombardeos en El Pato*, editado como el número 80 de la revista *Controversia*, su obra dio un viraje y se consagró a la recuperación de la voz y la memoria de la otra Colombia, la de los indígenas, negros, campesinos, guerrilleros, de esa Colombia profunda de nuestro desconocido mundo rural. Durante los siguientes cuarenta años se orientó en esa dirección, tanto en los libros que elaboró como en sus numerosas crónicas y escritos periodísticos. Siempre se destacó su interés en escuchar y

rescatar las voces de los nunca oídos, para reelaborarlas en concordancia con el propio sentir y cadencia de los que hablaban, y transmitirlos a la sociedad colombiana. Eso ha dejado un legado amplio sobre nuestra historia contemporánea, especialmente en lo referido a la violencia desencadenada después de 1948, a las luchas y resistencias de campesinos y a la conformación de las guerrillas agrarias de autodefensa, que luego dieron origen a las FARC.

Y de todos estos asuntos vuelve a hablar en el libro que comentamos, aunque con la particularidad de que esos temas se mezclan con otras reflexiones, cuando se dirige a su nieta, Antonia Rodríguez Molano (quien nació en 2006). A ella le escribe sobre muy diversos asuntos y desde distintos lugares de Colombia y del mundo. Alfredo Molano, un viajero incansable, le cuenta a Antonia cómo son algunos sitios en donde él ha estado y donde también quisiera que estuviera su nieta, algo que efectivamente logró en muchos casos. Barcelona, Nueva York, París, La Habana, Marquetalia, Simití, Santurbán, los Llanos Orientales de Colombia, Querétaro, El Hatillo, Nuquí, el páramo de Sumapaz... desfilan por estas páginas, a través de la lupa sociológica y geográfica de Molano Bravo. Escribe en esos lugares y sobre sus gentes para que su nieta tenga una referencia de lo que es nuestro país, injusto, violento y desigual, porque ese es el mundo que les toca sufrir a las nuevas generaciones del siglo XXI.

En sus breves escritos sobre cada uno de los temas propuestos se evidencia una idea constante: el sentimiento de pérdida de realidades sociales que hoy son devoradas por el destructivo capitalismo, aunque él no utilice de manera directa ese vocabulario, pero eso se percibe al leer con cuidado y entre líneas. Es la pérdida de las tradiciones revolucionarias, acelerada por la desaparición de la Unión Soviética, la caída del Muro de Berlín y la imposición brutal del neoliberalismo. Por eso, y como recuerdo, le regaló a Antonia una copia de “La Internacional”, que muy pocos cantan y las nuevas generaciones ni siquiera han oído. Es la pérdida de los ideales por alcanzar otro mundo, distinto al depredador capitalismo, unos ideales por los que Molano confiesa

que luchó. Es la pérdida de las formas de existencia de los pescadores negros en la costa Pacífica, cuya vida y cultura han sido arrasadas por grandes empresas extractivistas y por los “países”, que arrasan todo lo que encuentran a su paso. Es la pérdida de las tierras de los habitantes campesinos de El Hatillo (en La Guajira), devorados por la transnacional carbonera de la Drummond, que contaminó sus aguas, sus suelos, sus cuerpos, con vanas promesas de “progreso y modernización”. Es la pérdida de la tranquilidad en lugares paradisíacos como el cabo de la Vela, engullido por el turismo, que invade, ocupa y destruye ese lugar maravilloso en el último rincón del norte de nuestro país. Todas esas pérdidas las resume Molano de esta manera: “Me temo que el Llano se está acabando como tantas otras cosas que hemos querido. Como los koguis con su silencio, como los negros con su alegría, como los ríos, como las selvas” (p. 175).

Detallar esas dolorosas pérdidas a Antonia es como el esfuerzo de fijar en palabras el recuerdo de lo que conoció y disfrutó, pero que está en vías de desaparición. Es un mensaje directo a su nieta en particular, pero con un alcance más amplio porque nos toca directamente a todos, en especial a las nuevas generaciones de colombianos, que deben afrontar tales pérdidas y luchar por preservar así sea una parte de la gran riqueza biológica y cultural de Colombia.

Otro componente central del libro es de carácter autobiográfico porque, al escribirle a la pequeña Antonia, Alfredo Molano revive diversos momentos de su infancia, en la casa, con la familia, en la escuela. Trata de mostrarle a su nieta momentos de su vida cotidiana, por ejemplo su relación con los animales y las plantas; porque sus primeros años transcurrieron en el campo, donde adquirió esa sensibilidad especial por el terruño y las pequeñas aldeas que aparecen retratadas en gran parte de su obra.

Una mención aparte requiere la última sección del libro, que es un diario de la enfermedad de Alfredo Molano. El lector se estremece al conocer los detalles del padecimiento del autor y la manera como enfrenta la enfermedad y se lo cuenta a su nieta. Nos imaginamos las tribulaciones de

RESEÑAS		EPISTOLAR
Molano para escribir y hablar sobre su propia condición vital en momentos en que la vida se le iba escapando de entre las manos. Debe ser terrible escribir en esas situación y sobre su propia enfermedad, como le sucedió en el Instituto Cancerológico (ubicado en el centro-sur de Bogotá): “Yo sentí que [...] la muerte anda rondando en las salas de cirugía y recuperación” (p. 225). Es llamativo cómo, en esos instantes tan duros, Molano recuerda que la salud, la enfermedad y la profesión médica están permeadas por la mercantilización y el lucro, propias del capitalismo: En el puro fondo, la cuestión material, la simple y dura realidad es que también había plata detrás. No lo dejan ver los médicos porque deben conservar su imagen científica y su imagen ética, si se les cae y pelan el cobre, sufren esas imágenes y se les caen también sus tarifas. (p. 226) Alfredo Molano, en medio de su consternación por todas las pérdidas que estamos viviendo, y sobre las cuales fue uno de los principales cronistas, murió con una esperanza, casi una convicción: que con el acuerdo de paz de 2016 y la desmovilización de las FARC se había puesto fin a la guerra. En el mismo momento de la firma del acuerdo, Molano le escribió a Antonia estas esperanzadoras palabras: Te confieso que he sentido esa alegría plena —esa que llena el pecho y eriza el cuero— tres veces: cuando los guerrilleros del M-19 salieron en avión para Cuba después de haberse tomado la Embajada de la República Dominicana, cuando se firmó la Constitución de 1991 y <i>el jueves pasado, cuando las FARC y el gobierno le dijeron al mundo: es el último día de guerra en Colombia. Tú eres el puente entre mi nieto mayor y los menores. Cuéntales a todos los que ustedes nunca vivirán.</i> [El énfasis es mío] (p. 116) Menos mal Alfredo Molano no alcanzó a ver sus sueños rotos por todos aquellos que juraron hacer trizas el acuerdo de paz y lo han logrado; hoy han vuelto a ensangrentar, en un tercer ciclo de guerra que está comenzando, los campos y ciudades de nuestro país. Esa es la dura realidad en la que, por	desgracia, está viviendo y va a vivir Antonia. Para terminar, el libro está bien editado y tiene una lograda galería fotográfica, que nos proporciona valiosa información sobre la vida personal de Alfredo Molano Bravo y de su familia. Renán Vega Cantor	